

**E**N contra de lo que sucede en otros sectores del cooperativismo agrario aragonés —viejo problema que nunca llega a ver el sol—, el vitivinícola, curiosamente, presenta amplias posibilidades de comercialización, toda vez que, aproximadamente, el 75 por 100 del vino regional se produce a través de las 44 cooperativas que operan sobre las casi 134.000 hectáreas de viñedos que cubren Aragón. Estos datos, contrastados a su vez con los estimados a nivel nacional —850 cooperativas, que producen entre el 40 y el 50 por 100 del total—, hablan por sí solos de la importancia del movimiento cooperativista del sector y de sus posibilidades, "a priori", de control sobre el proceso de comercialización.

Ahora bien, una cosa es hablar de "posibilidades" y otra de que el hecho se dé "realmente".

En principio hemos de remontarnos unos veinte años atrás para comprender bien la situación actual. A mediados de la década de los 50, el asfixiante panorama a que se había llegado progresivamente movió a los agricultores a constituir las primeras cooperativas vinícolas, experiencia a contemplar desde dos ángulos:

— Por un lado, la elaboración de su propio vino benefició a los agricultores por cuanto desapareció el problema de la comercialización de un producto tan perecedero —y, por lo tanto, tan propenso a la baja— como la uva. El vino, lógicamente, además del de permanencia, venía a simplificar problemas tan vitales como el del almacenamiento o la homogeneización.

— Por otro, al quedarse tan sólo en el primer estadio de la comercialización, las cooperativas no hicieron más que provocar una concentración de la oferta, lo que ha venido a favorecer los intereses de los grandes comerciantes e industriales embotelladores y mayoristas.

Habida cuenta de que los veinte años de experiencia no solamente no han servido para romper la situación, sino que, al ser un fenómeno progresivo, han venido a empeorarla más, las cooperativas vitivinícolas se encuentran en estos momentos ante un sombrío panorama.

Momento es, pues, de analizar las causas que han ido llevando hasta este punto muerto en que las cooperativas no pueden salir de ese primer eslabón en la cadena agricultor-cooperativa-embotelladores—minoristas-consumidores.

En primer lugar habrá que analizar el contexto geográfico y adm-



La desenfocada política de la Administración para con el sector del vino ha contribuido a una saturación del mercado en detrimento de los auténticos de denominación de origen. En la foto, pisado de uvas durante la fiesta del vino en Cariñena.

## ARAGON

# ¿A quién sirve el cooperativismo vitivinícola?

nistrativo en que estas cooperativas se asientan.

Desde este punto de vista, las dos grandes zonas vinícolas —ambas en la provincia zaragozana—, el Campo de Cariñena (vegas del Jalón, Huerva y parte del Jiloca) y las faldas del Moncayo (Fuendajalón, Borja, Magallón, Ainzón, etcétera), presentan una amplia

dispersión administrativa —muchos municipios, aunque próximos unos a otros— que, por su propia configuración, dificulta el salto a formas más amplias de condensación como serían las cooperativas de segundo grado (cooperativas de cooperativas).

En segundo lugar, la secular descapitalización del campo arago-

nés hace prácticamente prohibitivas las fuertes inversiones necesarias para la acometida de la fase de embotellamiento y distribución, por modestamente que ello se plantee. En este orden de cosas, hay que hacer hincapié, asimismo, en el fuerte y progresivo aumento en los costos de producción en el campo, lo que ha ido llevando a una constante merma en los beneficios y, por lo tanto, en las modestas posibilidades de capitalización.

Inmediatamente después hay que reparar en la cuestión de la denominación de origen (concedida, como se sabe, por el INDO a instancias de los Consejos Reguladores). El hecho de que sean varias localidades las que hayan solicitado por separado "su" denominación de origen, lejos de favorecer sus intereses, los lesiona gravemente, toda vez que fragmenta las posibilidades de un planteamiento conjunto (cooperativas de segundo grado u homogeneizaciones mínimamente rentables).

No puede pasarse por alto en este análisis la desenfocada política de la Administración para con el sector del vino, al haber aplicado tradicionalmente criterios cuantitativos antes que cualitativos, llegándose al caso de producirse mucho vino malo y poco del de auténtica calidad. Una sistemática protección mal entendida ha llenado los mercados de vinos que, en muchos casos, no han servido más que para, mediante mezclas indiscriminadas (dos litros de tinto cariñena y ocho de mancho blanco hacen diez de rioja, ya es bien sabido), dañar a los auténticos denominación de origen. Todo esto ha llevado a los vinos zaragozanos —todos ellos de alta graduación y coloración— hacia formas de comercialización lejanas a embotellamiento directo, lo que ha venido a estancar más al sector en esa fase de simple elaboración.

Y si a todo esto añadimos las dificultades ante la exportación por las que se atraviesa (de 818.016.921 pesetas exportadas en 1972 se ha pasado a los 575.518.334 de 1975), contemplado todo ello desde unos organismos de gestión bien poco democráticos —sabido es que la representación de los cooperativistas en órganos como el Consejo Regulador o el Sindicato Provincial de la Vid es minoritaria—, convendremos en que el cooperativismo vitivinícola, al no poder atacar estadios superiores del proceso de comercialización por sí mismo, tenga que acabar siendo un simple instrumento de los estadios superiores. ■ SEMINARIO DE ESTUDIOS ARAGONESES.